

MARÍA

Estrella de la nueva evangelización



Carta Pastoral del Cardenal Arzobispo de Valencia
Antonio Cañizares Llovera

MARÍA

Estrella de la Nueva Evangelización

Carta Pastoral del Cardenal Arzobispo de Valencia
Antonio Cañizares Llovera

SUMARIO

04	Carta Pastoral sobre María
07	I. Introducción
09	II. Reflexiones preliminares
21	III. La evangelización como proclamación y testimonio
31	IV. Llamados por María a la Nueva Evangelización
37	V. Conclusión

© Arzobispado de Valencia, 2017

Edita:
Arzobispado de Valencia

Diseño y producción gráfica:
Medianil Comunicación
www.medianil.com

Portada:
*La milagrosa labra de la imagen de Ntra. Sra.
de los Desamparados por los ángeles peregrinos.*
Gaspar de la Huerta.
S.XVIII. Óleo sobre lienzo.
Museo Mariano, Basílica de los Desamparados, Valencia.

CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE VALENCIA SOBRE MARÍA





1. INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas: Este año se está cumpliendo el primer centenario de las apariciones de la Virgen María, Nuestra Señora, en Fátima, a tres pastorcillos: Lucía, Jacinta y Francisco. El Papa ha acudido allí como peregrino el pasado mes de mayo. También la diócesis de Valencia, como tal, se siente llamada a peregrinar a aquel lugar santo y santificado por la presencia de María en el año 1917, en que se produce la gran revolución comunista-bolchevique que ha cambiado el mundo y ha traído tan graves consecuencias que todavía persisten hoy, con nuevas caras pero con las mismas intenciones y proyectos. Con este centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima coincide el 550 aniversario con la consagración de la actual Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados, nuestra Patrona y traslado de su imagen, tan venerada y querida, de la Catedral a esta Basílica. Por esto, la coincidencia de ambas efemérides será ocasión para renovar la consagración de toda la diócesis de Valencia a la Santísima Virgen María, a su Corazón inmaculado. Y por eso mismo os escribo esta Carta Pastoral sobre María, siempre Virgen, Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madre nuestra, *Estrella de la Nueva Evangelización*, para que nos estimule y ayude a llevar a cabo el proyecto diocesano de evangelización, que necesitamos decidida y urgentemente impulsar y realizar. Os escribo, finalizo y firmo esta carta en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, al inicio de este mes de octubre, mes del Santo Rosario en el que debemos intensificar esta práctica religiosa multiseccular tan hermosa, unos días antes de la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, de tanto arraigo en

los pueblos de España, “tierra de María Santísima”: Es hora de intensificar y renovar nuestro afecto y devoción a nuestra Madre del Cielo, alma de nuestra vida cristiana.

María, portavoz de la humanidad entera, señala constantemente a Jesús la indigencia de los hombres que carecen del vino nuevo del Evangelio. En Caná de Galilea se nos muestra «la solicitud de María por todos los hombres, al ir a su encuentro en toda la gama de necesidades». Y no hay mayor necesidad ni mayor indigencia que la necesidad y la indigencia de la fe; no hay mayor necesidad del corazón del hombre que la necesidad de Dios; ese corazón “no se contenta con menos que Dios” (Santa Teresa de Jesús). Si como decía Santa Teresa de Jesús, «quien a Dios tiene, nada le falta», también podemos afirmar que a quien carece de Dios, le falta todo, y ésa es la indigencia de nuestro tiempo.

2. REFLEXIONES PRELIMINARES

En Caná de Galilea dio comienzo Jesús a sus signos y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él. De este modo la fe de los discípulos aparece como fruto de la intercesión de María. “No tienen vino” (Jn 2,3). Con estas mismas palabras María se dirige hoy a Jesús desde una sociedad como la nuestra, que, pese a sus hondas raíces cristianas, ha visto difundirse en ella los fenómenos del secularismo y la descristianización, y “reclama, sin dilación alguna, una Nueva Evangelización”. La Iglesia, que tiene en la evangelización su “dicha y vocación propia, su identidad más profunda”, no puede replegarse en sí misma. Ha de escuchar y hacer suya la súplica de María, que sigue intercediendo como Madre en favor de los hombres, que, sean conscientes o no de ello, tienen sed del vino nuevo y mejor del Evangelio» (San Juan Pablo II).

María sigue repitiéndonos a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). Esta frase —lo sabemos bien— tiene un valor permanente. «El objetivo de la evangelización no es otro que éste: acoger la palabra de Cristo en la fe, seguirla en la vida de cada día, hacer de ella la pauta inspiradora de nuestra conducta individual, familiar, social y pública». La presencia de María en una acción evangelizadora tiende a llevar a los evangelizados hasta Cristo, posibilitando que Él muestre su hora, la hora del Dios con nosotros, la hora del vino nuevo, de la redención, de la alegría de su presencia en medio nuestro que revela la fuerza salvadora de Dios que es el Evangelio.

Todo en María conduce a Cristo, quien es el Camino, la Verdad y la Vida (Cfr. *Jn* 14,6). Todo en Ella nos remite a su Hijo, a contemplarlo, a escucharlo, a acogerlo, a seguirlo. Todo en Ella, su razón de ser —pues vive para ello—, es mostrarnos y entregarnos a Jesucristo, luz de los hombres, traernos a Jesús, colaborar con toda su persona y en todo a que Dios lleve a cabo su designio de salvación, que no es otro que Jesucristo, su Hijo único y unigénito, el predilecto, venido en carne, muerto y resucitado por todos los hombres para la salvación de todos.

Recordemos, por lo demás, que la enseñanza de la Iglesia sobre María expresada en el Concilio Vaticano II y continuada por el Beato Pablo VI y San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco se concentra en la misión del todo singular que Dios le ha asignado y Ella ha asumido en el drama de la redención. Retomando la tradición bíblica y patristica, esta enseñanza eclesial renovada contempla siempre la figura de María en relación con el misterio de Cristo, por un lado, y con el misterio de la Iglesia, por otro. Es decir, en primer lugar se ve en María a la Madre del Redentor: de Ella el Hijo de Dios ha recibido su humanidad, y por su cooperación ha querido Él participar en la sangre y en la carne del hombre y así «aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte... y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a la esclavitud» (*Heb* 2,14-15). No puede pensarse en la realidad de la Encarnación sin hacer referencia a María, Madre del Verbo Encarnado. Esta maternidad, además, nos lleva a esa otra maternidad espiritual, no menos real, de la Virgen María respecto a la Iglesia. María, generando a Cristo, es figura de la Iglesia que genera a los miembros del Cuerpo.

Así, la realidad de la Encarnación encuentra su prolongación en el misterio de la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

María es la “*Estrella de la Evangelización*”. La relación que existe entre María y Cristo, María y la Iglesia, funda el nexo de María con la evangelización, pues la persona de Cristo es el Evangelio mismo y el contenido esencial del anuncio cristiano. Él es el Evangelio vivo, la sustancia viva del Evangelio y el primer Evangelizador, como dice Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* y recoge y reafirman Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio* y Francisco en *Evangelii Gaudium*, Cristo nos ha sido dado por María, como nos es ofrecido y entregado hoy por la Iglesia, que tiene puesta su mirada en Él, iniciador y consumidor de su fe (*Heb* 10).

Viene bien recordar en estos momentos que la evangelización consiste, en último término y en su entraña más honda y propia, en generar nuevos hijos en el Hijo y, en ese sentido, en dar a luz a Cristo en el corazón del mundo. No es posible, por tanto, ahondar en lo que evangelizar significa para la Iglesia sin encontrarse en el centro mismo de esta meditación y ahondamiento con la figura de María, la Mujer que como Esposa y Madre ha visto realizar en sí plenamente el designio de Dios sobre el linaje humano. Y, a la vez, no es posible poner los ojos en el destino singular de María tal y como lo narra el Nuevo Testamento, lo comprenden los Padres y lo enseña hoy la Iglesia, sin ver reflejado en Ella, como en su espejo, el misterio de nuestra vocación en Cristo, la gracia y la luz con que el don de Cristo transforma nuestra propia humanidad.

A partir de aquí podemos profundizar y entender lo que evoca la expresión “*María, Estrella de la Evangelización*”. María, como *Estrella de los mares*, es faro, guía y norte, que conduce la obra evangelizadora de la Iglesia —su razón de ser— hacia el ansiado puerto de la salvación de los hombres, de la humanidad nueva santificada; es la luz que la orienta e ilumina en su caminar por los procelosos mares de la historia y del mundo con la red barreada del Reino echada en el nombre de su Señor. “*María, Estrella de la Evangelización*” nos evoca a la luz de la aurora naciente que brilla con la luz del Sol que nace de lo alto, presagiando y anticipando la luz rutilante del Sol de mediodía que disipa toda oscuridad, ilumina todo y lo cubre todo con el resplandor de su gloria. Nos remite al que es Luz de las naciones y gloria del pueblo de Dios (Cfr Lc 2,32), Sol que nace de lo alto, enviado a nosotros por entrañable misericordia de nuestro Dios para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, y guiar nuestros pasos por los senderos de la paz, donde se concentran, en esa paz, todos los bienes y promesas de Dios (ver Lc 1,78-79).

Sin exageración y sin desmedirnos en nuestras palabras, bien podemos afirmar que cuando decimos “*María, Estrella de la Evangelización*” estamos también diciendo, como acabo de señalar, **contenido de evangelización**: Cristo, Hijo de Dios, nacido por obra del Espíritu Santo de sus entrañas, Redentor de los hombres, venido en carne para traernos, darnos y participarnos el amor infinito y misericordioso de Dios que alcanza su máxima y plena revelación en la muerte, resurrección de Jesucristo y en el envío del Espíritu de la verdad. Estamos

diciendo, pues, Evangelio vivo, sustancia viva del Evangelio; estamos mostrando que este Evangelio no es una idea o un valor, sino la persona de Jesucristo, que en el seno de la Madre Virgen, por obra del Espíritu Santo, se hace carne, se hace historia, se hace uno de los nuestros, toma nuestra condición de esclavo, se hace acontecimiento único e irrepetible, singular y concreto, de alcance decisivo y universal para todos los hombres, para todos los tiempos y lugares.

Cuando decimos “*María, Estrella de la Evangelización*” estamos diciendo **fin y meta del anuncio**, de la presencia y de la fuerza salvadora del Evangelio vivo que es Cristo, del designio de Dios que por Él nos alcanza. Así, estamos diciendo toda santa, llena de gracia, limpia de todo pecado, humanidad salvada, nueva Eva, enriquecida con todos los dones y bendiciones en Dios, humanidad nueva y libre, hija de Dios, morada del Altísimo, sagrario del Hijo, templo del Espíritu, Mujer creyente, esclava del Señor, toda de Dios, fiel a su Palabra, obediente en todo, feliz porque el Poderoso ha hecho obras grandes en Ella y por Ella, bendita entre las mujeres, madre solícita junto a la cruz de los hombres, asunta a los cielos en cuerpo y alma, liberada de la muerte, contempladora del rostro del Dios. Todo eso es **fin del anuncio del Evangelio**, meta donde se expresa ese designio de Dios para con todos hombres. Al ver en María la meta de la evangelización estamos viendo la acogida e implantación del Reino de Dios, cumplimiento de su promesa. Estamos también viendo en Ella que Dios el Poderoso ha hecho obras grandes en favor de los hombres. Al ver en María la meta de la evangelización estamos viendo a aquella que vive de Dios

y para Dios: «Hágase en mí según tu palabra, aquí está la esclava del Señor» (1,38). Estamos indicando por eso asimismo dejarse dominar por Dios en todo, dejar que Dios sea todo absolutamente en nosotros y ser libres. Eso es, sencillamente, la conversión, eso es la criatura nueva.

Cuando decimos *“María, Estrella de la Evangelización”* estamos también diciendo **estructura y método, agentes de la evangelización**, pues estamos evocando a la Iglesia Madre como sembradío de Dios donde cae la semilla de la Palabra como pequeño grano de mostaza y brota, arraiga y crece hasta anidar en ella el Reino y señorío de Dios (cfr. Mt 13,3ss). Ella es el campo donde se esconde el tesoro que vale todo, y al que nada ni nadie se le puede comparar (cfr Mt 13,44). Ella es la que escucha y acoge (cfr Lc 11,28), la que guarda en su corazón y medita la palabra de Dios (cfr Lc 2,19.51), la que como fiel esclava está pendiente de su Señor (cfr Sal 123,2; Lc 12,36.43), la que se pliega enteramente a su voluntad como el Hijo de sus entrañas, en cuyos labios el autor de la *Carta a los Hebreos* pone aquellas palabras: «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10,9). Ahí, en ese plegarse a lo que Dios Padre quiere, es donde está la salvación, el Reino de Dios, Dios mismo, Dios con los hombres, Dios con nosotros y para nosotros. Ahí se expresa lo que es la búsqueda del hombre a la que sale al paso el acontecimiento del Evangelio. Dios buscado y anhelado por el hombre, Dios que sale al encuentro y sacia y colma, Dios buscado y anhelado por encima de todo.

Ella es la dichosa, la feliz porque ha creído, porque ha escuchado la Palabra de Dios y la ha acogido; la que ha sido

saludada por el mensaje de alegría, por el anuncio de la presencia de Dios entre nosotros; la que lleva la alegría, y la que henchida de gozo y alegría, canta y proclama la grandeza de Dios. El anuncio se realiza envuelto de alegría, trae alegría, transmite alegría. La persona del evangelizador vive inmersa en la alegría de las maravillas amorosas de Dios, de sus grandes gestas y da testimonio de ellas: “Alégrate, María, dichosa tú que has creído, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen; la criatura, saltó de alegría en su vientre; Isabel llena de alegría; María canta y se alegra en Dios su Salvador; los pastores se llenaron de alegría; también los Magos; todo va acompañado y bañado por la alegría en María”. María, la pobre de Yahveh, la que no tiene nada, la que se apoya únicamente en Dios, no en los criterios y medidas del mundo y de los hombres, sólo en Dios, para quien nada hay imposible, de quien reconoce y proclama que mira la humildad de la esclava, que es poderoso y tiene la iniciativa, hace por sí obras grandes, levanta del polvo a los desvalidos, dispersa a los soberbios de corazón, destrona a los poderosos y enaltece a los humildes (Cfr Lc 1,46ss). Así, sin alforja, sin dinero, con el bastón sólo de la fe, solamente así se evangeliza, sólo así se trae la alegría para todo el mundo. Despojada de todo, si nada, esclava, pendiente del querer de su Señor, abierta a lo que Él quiere y le pide, a su designio, dejando a Dios ser Dios, así se abre paso el Evangelio, así se engendra al Hijo en su carne, así se instaura el Reino de Dios.

“María, Estrella de la Evangelización”, estructura y método de la misma, deja a Dios ser Dios en la sencillez, en el oculta-

miento, siempre en segundo plano, menguando para que el Hijo aparezca y crezca como la levadura, como la sal, como el pequeño grano de mostaza que casi no se percibe. En la mansedumbre y en la misericordia, entre llanto y sufrimiento, junto a la cruz, con la cruz, sabiéndose unida desde el comienzo a la cruz y al sufrimiento —el sufrimiento que padece por José y con José, el que sufre en Belén, el del destierro, el que le anuncia Simeón, el de la pérdida del Niño, el de la cruz—, su vida es un camino de cruz, de negarse a sí misma. Así es el camino de la evangelización.

Remitida y remitiéndose siempre a su Hijo —«Haced lo que él os diga» (Jn 2,5)—, meditando y contemplando el rostro de Cristo, de oración y contemplación, así Ella es Estrella de la Evangelización. Y es que sin vida interior no hay evangelización, sin interioridad el hombre pone en peligro su integridad. La evangelización presupone comunicarse a solas con Dios en la escuela de María, ser asiduos de la vida de oración y de la contemplación del misterio de Cristo. Qué bellas páginas, qué luminosas enseñanzas a este respecto encontramos en la carta de San Juan Pablo II *Rosarium Virginis Mariae*. María orante en la Encarnación, ante su prima Isabel y el precursor, en Caná, junto a la Cruz oferente, Pentecostés orando. Siempre guardaba y meditaba aquellas cosas en su corazón (Cfr Lc 2,19.51).

“*María, Estrella de la Evangelización*” porque es la primera evangelizada, y por lo mismo la primera evangelizadora, no sólo, en perspectiva cronológica y de precedencia, sino porque es también en quien de manera principal y plena se

cumple el Evangelio, los frutos de la presencia del acontecimiento que trae la dicha y la paz. María evangelizada y evangelizadora, ése es el camino. La misión del Hijo fructifica cuando por la maternidad aceptada de su Santísima Madre arraiga en Ella y se deja transformar por el amor de Dios. Por ello toda María es testimonio, no fuerza avasalladora ni imposición, sino testimonio con su vida y su palabra de lo que ha acaecido en favor de los hombres por Ella y en Ella, la humilde esclava. Toda su vida es un testimonio vivo de una vida entera entregada a Jesucristo y a su obra salvadora. No vive para sí, sino entregada por completo a su Hijo, y por eso comunica y entrega al que es el Evangelio Vivo. Ella es modelo de fe, pregonera y heraldo de las maravillas de Dios capaz de entregar a todas sus energías al servicio de los demás, como vemos a título de ejemplo en casa de su prima Isabel, en las bodas de Caná, sobre todo junto a la Cruz, e inseparable también de esa Iglesia naciente en Pentecostés.

“*María, Estrella de la Evangelización*” como Madre que es de la esperanza, de la esperanza del juicio escatológico del Reino de Dios, del cumplimiento de las promesas definitivas de Dios, de vida eterna del triunfo sobre la muerte, de la victoria sobre el mal, de la presencia de Dios en todo, que lo penetra todo y llena todo para siempre. Ella como signo y primicia de la Iglesia, nos es mostrada como la gran señal que apareció en el cielo del libro del Apocalipsis, la mujer vestida de sol (Cfr Ap 12,1). Como señala el papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa*: «la mujer que da a luz al hijo varón nos recuerda también a la Virgen María sobre todo en el momento en que, traspasada por el dolor a

los pies de la Cruz, engendra de nuevo al Hijo como vencedor del príncipe de este mundo. Es confiada a Juan y éste, a su vez, confiado Ella (Cfr *Jn* 19,26-27), convirtiéndose así en Madre de la Iglesia.

Merced al vínculo especial que une a María con la Iglesia y a la Iglesia con María, se aclara mejor el misterio de la mujer: “Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor —dice el papa Juan Pablo II—, participa maternalmente en aquella ‘dura batalla contra el poder de las tinieblas’ que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la ‘mujer vestida de sol’ (*Ap*, 1), se puede afirmar que ‘la Iglesia en la beatísima Virgen ya llegó la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga’”.

No hay obra evangelizadora sin que esté presente en ella, como palabra y testimonio, como anuncio y llamada, como presencia y anticipo, vida eterna, las realidades últimas, el triunfo del Cordero sin mancha que es definitivo y para siempre como plenitud y obra de Dios con su Madre. María, toda santa, inmaculada desde su concepción, Virgen y Madre, asunta a los cielos en cuerpo y alma, muestra no sólo el contenido escatológico del anuncio sino la realización de ese contenido y el signo de esperanza y de camino a la esperanza que ese contenido entraña. María se nos presenta como figura de la Iglesia que, «alentada por la esperanza, reconoce la acción salvadora y misericordiosa de Dios, a cuya luz comprende el propio camino y toda la historia. Ella nos ayuda a interpretar también hoy nuestras vicisitudes bajo la guía de

su Hijo Jesús. Criatura nueva, plasmada por el Espíritu Santo, María hace crecer en nosotros la virtud de la esperanza», que es inseparable de la obra de la evangelización. Camino de esperanza, anuncio y presencia, testimonio de la esperanza ya cumplida y espera de lo que ha de venir, abierta para la esperanza y reclamo y exigencia de la misma, María es Aurora de un mundo nuevo, «Madre de la esperanza», y es así Estrella de la Evangelización.

Éste es el horizonte que María nos abre para la Nueva Evangelización.



Ntra. Sra. de Fátima.
Santuario de Ntra. Sra. de Fátima (Portugal).

3. LA EVANGELIZACIÓN COMO PROCLAMACIÓN Y TESTIMONIO

Antes de acabar y teniendo como trasfondo todo lo dicho, quisiera fijarme en dos aspectos particularmente urgentes en el momento presente en los que se recibe una luz especial de María. Me refiero a la evangelización como proclamación y como testimonio de Dios vivo y de Jesucristo, el único Salvador.

DIOS PADRE MISERICORDIOSO

Necesitado de muchas cosas, nuestro mundo ciertamente de nada está tan falto como de Dios. En esta situación, ante tal carencia fundamental, la Iglesia, nosotros en ella, debemos mostrar nuestra compasión y hacer del anuncio de Dios vivo el centro de nuestro servicio a los hombres. Así nos orienta María. Hoy resulta todavía más necesario hablar de Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque vivimos en una cultura fuertemente secularizada donde se desarrolla la incredulidad, sobre todo en sectores muy dinámicos y jóvenes de la población. El mundo de hoy padece un silencio lacerante de Dios. Este silencio es el acontecimiento fundamental de estos tiempos de indigencia; no hay otro que pueda compararsele en radicalidad y en lo vasto de sus consecuencias deshumanizadoras, ni siquiera la pérdida de sentido moral. Desde ahí puede medirse la urgencia que tenemos, precisamente, para, desde la luz de la que María es Estrella de Evangelización, hablar públicamente de Dios, no callar su nombre, no ocultar las grandes obras que Él realiza, que está realizando en medio de nuestra historia.

Es verdad que durante aproximadamente los últimos 50 años se ha producido en el mundo una verdadera revolución cultural que fomenta una particular manera de entender al hombre y al mundo al margen de Dios y como si Dios no existiera. Los peligros que de ahí se derivan son patentes y mortales para el ser humano. A pesar de todas las proclamas en contrario, asistimos a una profunda quiebra de humanidad. No es ser alarmistas el reconocer lo que está sucediendo a nuestro alrededor, sino sencillamente exigencia del realismo de nuestra fe. Si existe una enfermedad grave, es preciso descubrirla y reconocerla; sólo así habrá sanación.

Basta mirar al hombre de la cultura dominante y ver la posición tan generalizada que tiene ante el destino y la vida, ante la verdad y la mentira. Basta mirar sus ideales, su vida familiar, sus esperanzas de futuro para percatarse de que con frecuencia ese hombre anda vacío y desorientado, fugitivo de sí mismo y con unas aspiraciones e ideales prevalentes como el dinero, el sexo, la evasión y el goce narcisista, el disfrutar a toda costa, el consumo y el bienestar, el gozar del cuerpo y de la vida en libertad omnímoda, con una pluralidad y permisividad moral amplia y sin trabas de ningún tipo. La misma transcendencia y expresión religiosa tienen con frecuencia los límites de la corteza de la piel, quedan en superficie, en la sensibilidad del gusto, en el consumo, en un dios vago y difuso. Se vive como si Dios propiamente no existiera. Por supuesto, no se vive en su presencia, ya que Dios es como algo evanescente relacionado con los sentimientos o los estados anímicos. La fe en Dios deja de configurar la entera realidad de la vida, y Él queda relegado a los márgenes de la existen-

cia; lo cual no ocurre sin gravísimas consecuencias para el hombre. Y esto incluso se ha introducido en el interior mismo de la Iglesia, en una secularización de ella, la más peligrosa de todas.

La indiferencia religiosa, el rechazo o el olvido de Dios quiebran interiormente el verdadero sentido del hombre, alteran en su raíz la interpretación de la vida humana y debilitan y deforman los valores éticos y morales. Un mundo sin apertura a Dios carece de aquella holgura que necesitamos los hombres para superar nuestra menesterosidad y dar lo mejor de nosotros mismos. Un hombre sin Dios se priva de aquella realidad última que funda su dignidad y de aquel amor primigenio que es la raíz de su libertad.

No puede extrañarnos que una cultura secularizada, que una cultura que no deja espacio a Dios, una cultura incluso de la increencia como tratan de imponer ciertos poderes dominantes, esté muy unida a una cultura de la insolidaridad. Tampoco puede extrañarnos que surja de ahí un mundo más propenso al individualismo que al amor, a la increencia que a la fe en el Dios vivo, y que sea también, al mismo tiempo, más proclive al pragmatismo que a la esperanza, al egoísmo que a la generosidad. No es posible devolver al hombre su auténtica dignidad, abrirla a la esperanza más viva, darle sentido más humano y absoluto, sin el descubrimiento y aceptación de Dios. Una sociedad sin Dios es una sociedad que quiebra la vida del hombre. Lo que está en juego en los momentos actuales es la manera de entender la vida con Dios o sin Dios, con esperanza de vida eterna o sin más horizontes

que los bienes del mundo, con un código moral objetivo respetado desde dentro o con la afirmación soberana de la propia libertad como norma absoluta de comportamiento hasta donde permitan las reglas externas de juego.

No da lo mismo una cosa que otra, y éste es el reto para nosotros los cristianos: que los hombres entiendan y vivan la vida con Dios y con esperanza en la vida eterna. Ningún asunto es tan central y decisivo. Por eso hablar de Dios en tiempo de silencio tan denso sobre Él es la tarea siempre pendiente que atormenta hoy a la Iglesia, y de manera muy particular a los Pastores.

Por más difícil que sea encontrar el nuevo lenguaje de la fe, no podemos seguir la recomendación de Dietrich Bonhoeffer para tiempo de secularización consumada: “callar, orar y trabajar por la justicia”. Sólo esto no basta, nos llevaría a la secularización. Es preciso hablar de Dios, hablar de Él para darle gloria, como hace la Santísima Virgen María; y en esto es necesario que contemplemos toda la persona y todo el misterio de María, y que nos adentremos también en su canto del *Magnificat*. Aunque parezca una perogrullada, es preciso que hablemos de Dios, sencillamente de Dios vivo, de Dios como Dios, de Dios como lo único necesario, que hablemos de Él en el centro y desde el centro de la plenitud de la vida, como la Virgen María.

No olvidemos que la cuestión de cómo hablar de Dios no es nunca ni en primer lugar un problema de lenguaje. La increencia no nace primordialmente de una dificultad del lenguaje ni puede afrontarse exclusivamente por una estrategia en ese sen-

tido. El lenguaje cristiano no puede ser un discurso abstracto; sólo puede ser el testimonio de algo que a uno le ha sucedido en la vida, como la Virgen María que canta lo que a Ella le ha acontecido. María vive de Dios y para Él proclama a voz en cuello sencillamente esta grandeza de Dios que es la grandeza del hombre, de ese hombre humillado que es levantado. Solamente desde ahí puede proclamarse testificadamente, con toda verdad, que la grandeza del hombre está en Dios y únicamente en Dios, y que sólo en Dios el hombre encuentra su dignidad. La Iglesia sólo puede hablar de Dios como hace María, del abismo del amor y de misericordia que, como María, ha encontrado en el que está en el seno de sus entrañas, manifestación de esa misericordia inenarrable de Dios Padre. El lenguaje cristiano sobre Dios, insustituible por el más acabado de los discursos, es el testimonio de ese amor misericordioso, proclama la misericordia del Señor, la redención de Jesucristo, donde está toda misericordia de la que brota una vida nueva, una mirada nueva sobre toda la realidad.

Se habla de Dios viviendo, obrando y hablando de cualquier cosa, porque, o Dios tiene que ver con todo, o no tiene que ver con nada. María, cuando canta en el *Magnificat*, no hace como una separación refiriéndose a un aspecto de su vida. Es toda su persona; es además toda la historia incorporada a lo que lleva dentro de sí y la que el Poderoso está realizando.

JESUCRISTO, EL ÚNICO SALVADOR

Por otra parte, el mundo necesita a Jesucristo. Como en la escena de Caná, el mundo necesita el vino nuevo del Evangelio: «No tienen vino (ver Jn 2). Como también se nos dice grá-

ficamente en la Escritura, la población entera se agolpa a la puerta donde está Jesús curando (ver Mc 1,33). Todo el mundo lo busca, aunque a veces no sea consciente de ello. También hoy el mundo busca a Jesucristo. No podemos quedarnos impasibles ante esa búsqueda que está en todo hombre. Una búsqueda y una petición que nos grita a nosotros, aunque a veces podamos ser débiles: “¡ayudadnos!”.

Vivimos tiempos recios, tiempos difíciles, y fácilmente nos lamentamos de ellos. Con naturalidad pasmosa buscamos culpables o creemos que nada puede hacerse para cambiar la situación que atravesamos. Pero no podemos quedarnos impasibles ante esa situación. No podemos cruzarnos de brazos o resignados ante esa secularización rampante, que no reconoce a Dios en el centro de sus vidas. No podemos quedarnos tranquilos ante esa muchedumbre inmensa en cuyas vidas Dios no significa nada y camina en vacío. Ni el amor a Cristo, ni el amor a nuestros hermanos provenientes de ese amor permite que nos inhibamos ante la obra de evangelización.

Lo que en este momento está en juego es, precisamente, que los hombres puedan abrirse a Jesucristo. No en balde Dios, que es quien conduce la Iglesia, puso en labios de San Juan Pablo II al inicio de su Pontificado: «Abrid de par en par las puertas a Cristo». El papa Juan Pablo II nos grita lo mismo una y otra vez: «No tengáis miedo... abrid de par en par las puertas al Redentor». Lo que está en juego es esa apertura del mundo al Redentor. Ante tanta violencia, ante tanta pobreza, ante tanta quiebra de humanidad, ante tanta ruptura de la que es

manifestación la situación moral de la persona humana, ante tanto sufrimiento injustamente infligido y llevado a cabo, ante tanta aniquilación de la vida, lo que está en juego es abrirse a Jesucristo, en quien se nos descubre la grandeza y sublimidad de nuestra vocación y se nos hace presente, al tiempo que se nos desvela, el misterio de Dios, la Verdad y la verdad propia del hombre, que se nos da en Jesucristo.

No busquemos otra respuesta a los grandes retos que se nos abren en esta nueva etapa de la historia que estamos viviendo. Por mayor empeño que pongamos en dar ingenuamente con fórmulas mágicas o con proyectos fabulosos, no hallaremos otro camino verdadero que Cristo para los grandes desafíos de nuestro tiempo. A veces nos enredamos en muchas estrategias, en planes pastorales enormemente complicados que no hay quien los lleve a cabo; y terminan secando el alma porque todo lo convierten en racionalidad humana y acción de los hombres, y no dejan espacio a la acción del Espíritu, que es quien lleva verdaderamente a la Iglesia. Necesitamos por eso abrirnos a Jesucristo, ante cuya puerta los hombres se agolpan, a veces incluso por vías contrarias a la suya. El mismo San Juan Pablo II nos lo ha recordado con palabras bellísimas y lapidarias en su carta *Novo millennio ineunte*: «No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: “Yo estoy con vosotros!». Por eso, se trata ahora de buscarle de todo corazón y seguirle, de oírle y contemplarlo, adorarlo, vivirlo, darlo a conocer con obras y palabras, entregarlo... Eso es lo que hace la Virgen María. Cultivar el encuentro con Él es la clave para una apasionante renovación de nuestro mundo y

un renacimiento pastoral en nuestras comunidades, en nuestra diócesis, en la Iglesia universal. De esta renovada experiencia de fe y amor a Jesucristo podrá nacer un nuevo ímpetu en la misión de la Iglesia. Ése es nuestro norte.

El nuevo milenio se nos ha abierto a todos los cristianos, a toda la Iglesia, «como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo». Atreverse a vivir la más noble y bella aventura que puede vivirse hoy: llevar el Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, a este mundo nuestro que vive unas especiales condiciones de todos conocidas. Nos espera una apasionante tarea de renacimiento pastoral, una obra que implica a todos, esto es: evangelizar, evangelizar de nuevo, evangelizar como en los primeros tiempos, que son los de María. La obra de su maternidad, es el traer y mostrar a Cristo. La Iglesia en estos momentos ha de ser esa Madre que traiga y muestre al Hijo de María.

Miremos, pues, el Evangelio sin ningún miedo y sin ningún complejo. Mostremos, sin echarnos atrás y sin retirarnos, a Jesucristo. Démoslo valientemente a todos, a los que están lejos y a los que están cerca, a aquellos con los que convivimos y trabajamos, a todos. Anunciamos a Jesucristo con obras, en nuestros trabajos, en nuestras familias, en nuestra vida en la sociedad. Que nuestras realidades cotidianas, nuestras personas todas, sean signo de que somos de Jesucristo, que le pertenecemos. Que todo en nosotros sea signo de que somos de Cristo. De esta manera seremos como María; y así es como únicamente podemos entregarles a Jesucristo a los hombres de hoy.

No podemos ir a los hombres ni estar en medio de ellos, ni dirigirnos a ellos con otra fuerza ni con otro bagaje que el que se nos ha entregado en la Iglesia, que es la única riqueza que ella tiene: Jesucristo, el verdadero tesoro. No poseemos ninguna otra palabra ni ninguna otra riqueza. No tenemos oro ni plata. No poseemos poder ni fuerza alguna ni queremos tenerla para servir a la esperanza y dar testimonio de ella, de la esperanza que es Cristo. Pero esta palabra, esta riqueza, ni la podemos olvidar, ni la queremos silenciar, ni la dejaremos morir. En el mundo en que vivimos no queramos saber otra cosa entre los hombres, como María, que a su Hijo Jesucristo, y no queramos evangelizar de otra manera que como María evangeliza, al pie de la Cruz, unida a la Cruz, en esa Cruz en la que Cristo lleva su consumación —el «aquí estoy para hacer su voluntad» (*Heb 10,9*)— y en la que Ella también culmina —«aquí está la esclava del Señor» (*Lc 1,38*)—. Por eso, para nosotros valencianos, nuestra enseña es la Virgen de los Desamparados, dada como Madre junto a la Cruz de su Hijo.

En el fondo de los hombres de hoy, en general, y de los jóvenes, en particular, hay una sola y gran aspiración en relación con nosotros, en relación con la Iglesia: tienen sed de Cristo. El resto lo pueden pedir a otros. Buscan a Cristo, todos lo buscan. A la Iglesia se le pide a Cristo, y de nosotros tienen derecho a esperarlo con obras y palabras. Somos deudores para con los hombres de hoy, de esa gracia sin mérito nuestro, y ellos tienen derecho a reclamarlo de nosotros.



4. LLAMADOS POR MARÍA A LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Así pues, insistiendo una vez más, nuestro tiempo no puede ser tiempo para la simple conservación de lo existente, sino que es tiempo para la misión. Es tiempo para proponer de nuevo y ante todo a Jesucristo, el centro del Evangelio. No podemos caer en la culpabilidad que supondría el limitarnos únicamente a la conservación y al mantenimiento. Por ello nos apremia esa Nueva Evangelización a la que tanto nos está urgiendo la Iglesia. «Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión», como dijo muchas veces San Juan Pablo II. El ardor tiene que ver con la conversión, es decir, con la mirada a Jesucristo. Los métodos y la expresión serán nuevos en la medida en que Cristo sea encontrado por hombres de este mundo, de esta cultura, que expresan el drama de la existencia y por tanto en el lenguaje y con los modos propios del mundo de hoy. Los métodos y la expresión no son nada si falta el ardor de un encuentro con Jesucristo que toque el centro de la persona.

Por eso, con esta Carta Pastoral, a los pies de Nuestra Señora de los Desamparados, Nuestra Señora de la Evangelización, le pedimos: “María, míranos con tus ojos misericordiosos y muéstranos, entréganos, al fruto de tu vientre, Jesús, para que de esta manera, encontrados por Él, en encuentro con Él, podamos también nosotros entregarlo a los hombres y así suscitar una esperanza nueva a este mundo que necesita ciertamente de esa gran esperanza sin la cual fallece”.

Que la Virgen *María, Estrella de la Evangelización*, sea el faro en estos momentos. Siguiéndola a Ella seguro que lle-

garemos a feliz puerto. E implorando su bendición y ayuda pongo en sus manos estas acciones que llevaremos a cabo D.m, este año o curso pastoral con su protección y amparo.

En primer lugar, el encuentro sacerdotal diocesano, en el que tenemos puestas tantas esperanzas, porque de los sacerdotes depende muchísimo esta Nueva Evangelización. En segundo lugar, el Congreso Interdiocesano de Educación en el que todos estamos llamados a participar, y podemos hacerlo, de diversas maneras, porque la educación en la que todos estamos implicados es parte inseparable de la evangelización. Como signo de que “los pobres son evangelizados”, en nuestra diócesis, este curso s.d.q., llevaremos a cabo la apertura de la Casa-Hogar para padres mayores con hijos discapacitados, la asunción por parte de la diócesis en unión con la Universidad Católica, del Hogar destinado a niños discapacitados que venía funcionando ya como la tan meritoria Obra de ASPADIS, la apertura de las casas para los hogares de los Cenáculos de la Madre Elvira, destinados a la sanación de jóvenes drogodependientes, el comienzo de nuestra presencia en los Vicariatos de Requena y San José del Amazonas en Perú como responsable de los mismos que nos encarga la Santa Sede, la creación por la Universidad Católica de la titulación “Ciencias del Desarrollo” para promover el desarrollo integral de pueblos, conforme a la enseñanza de los últimos Papas. Este curso, además, se proseguirá la Visita pastoral de los Obispos a diversos Arciprestazgos; se iniciará la presencia de la comunidad de la Congregación “Iesu Communio” para una Nueva Evangelización, abrirán su misión las monjas contemplativas “Misioneras de la Eucaristía

Voz de los Pobres”, y se potenciará la presencia evangelizadora de las “monjas de Claraval”, en Real de Gandía. Se aprobará y comenzará a aplicarse, también este curso, el Plan Interdiocesano para la Iniciación cristiana, que es base en cualquier intento evangelizador, y se potenciarán, a través de diversas iniciativas y acciones, planes de pastoral de jóvenes y de pastoral vocacional, como algo muy prioritario, ante el Sínodo próximo de los Obispos; se abrirán nuevas capillas para la adoración perpetua o permanente; darán comienzo las actividades del Secretariado para la enseñanza bíblica; habría que ver también la promoción de una gran “misión popular” en toda la diócesis. Coincidiendo este curso con el centenario de la Apariciones de la Virgen de Fátima, ocasión de esta Carta Pastoral, hemos de esforzarnos todos en la promoción del rezo del Santo Rosario, como Ella pidió, en todas las parroquias diariamente, en las familias y personalmente, y en el cultivo de la devoción mariana en los diversos santuarios de nuestra diócesis, realzando las fiestas marianas, llevando a cabo peregrinaciones a lugares marianos emblemáticos y la gran peregrinación diocesana a Fátima, precedida o seguida por la acogida de la imagen peregrina de la Virgen de Fátima en nuestra diócesis de Valencia, y también por la visita a parroquias de la imagen peregrina de la Virgen de los Desamparados, como parte de la evangelización; la promoción de la religiosidad popular como integrante de una Nueva Evangelización con diversas iniciativas, será objeto de nuestra atención pastoral. Como parte indispensable de esa evangelización a la que nos invita María y la lleva a cabo, habremos de esforzarnos en la promoción de un nuevo movi-

miento litúrgico y de la música litúrgica, de la buena música religiosa, en toda la diócesis, así como en el fortalecimiento del domingo en toda la diócesis con iniciativas diversas. Muy unido a esta exaltación de la Virgen *María, Estrella de la Evangelización*, nos proponemos impulsar la promoción de la Declaración como Doctores universales de la Iglesia de dos santos valencianos, profundamente marianos: San Vicente Ferrer y Santo Tomás de Villanueva, así como de la causa de beatificación-canonización del P. Jofré, mercedario, que tanto tiene que ver con la Virgen María, particularmente con la extensión de la devoción de la Virgen de los Desamparados. Fortaleceremos, como instrumento y “alma” de evangelización, la presencia y participación de los laicos en la Iglesia y su misión con diversas iniciativas, entre otras, iniciativas de promoción de la mujer, de la presencia de cristianos en la vida pública, lanzamiento en nuestra diócesis de un nuevo “movimiento católico” como el que originó e impulsó nuestro santo Arzobispo, el Beato Cardenal Ciriaco María Sancha y Hervás, en los finales del siglo XIX y comienzos del XX, —a quien esperamos sea pronto canonizado— sensibilización de la comunidad eclesial diocesana sobre algunas ideologías tales como la ideología de género o la ideología yihadista como contribución en la lucha en favor del hombre y de la paz; potenciación en todos los arciprestazgos de la pastoral con jóvenes; fortalecimiento de la pastoral universitaria en las distintas universidades de la Iglesia, estatales o privadas de Valencia; potenciación de la pastoral familiar con diversas iniciativas; potenciación del Consejo Diocesano de laicos y de la casa del seglar; puesta en marcha del Consejo dio-

cesano para la vida consagrada. Éstas serán las acciones más destacadas que intentaremos llevar a cabo en nuestra diócesis, si Dios quiere, el próximo curso con la ayuda de todos, la participación de todos, y sobre todo, con la ayuda y protección de Santa *María, Estrella de la Evangelización*, en cuyas manos ponemos estos proyectos y buenas intenciones; se constituirán los Consejos diocesanos para la vida Consagrada y para los laicos, como expresión de la comunión que es la Iglesia, la Iglesia diocesana, y para resaltar el importante e imprescindible papel que están llamados a desempeñar en nuestra diócesis.



Ntra. Sra. de Guadalupe.
Real Monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres).

5. CONCLUSIÓN

Concluyo con unas palabras del papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, para todos programática, —¿con qué palabras mejor?—: “A la Madre del Evangelio viviente le pedimos para que interceda para que esta invitación a una nueva etapa evangelizadora sea acogida por toda la comunidad eclesial <diocesana>. Ella es la mujer de fe, que vive y camina en la fe y ‘su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia’ (Juan Pablo II). Ella se dejó conducir por el Espíritu, en un itinerario de fe, hacia un destino de servicio y fecundidad. Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores. En esta peregrinación evangelizadora no faltan etapas de aridez, ocultamiento, y hasta cierta fatiga, como la que vivió María en los años de Nazaret, mientras Jesús crecía: ‘Este es el comienzo del Evangelio, o sea de buena y agradable nueva’. No es difícil, pues, notar en este inicio una particular fatiga del corazón, unida a una especie ‘noche de la fe’ —usando una expresión de san Juan de la Cruz—, como un ‘velo’ a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio. Pues de este modo María, durante muchos años, permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe (Juan Pablo II)” (Papa Francisco).

“Hay un estilo mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella

vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque ‘derribó de su trono a los poderosos’ y ‘despidió vacíos a los ricos’ (Lc 1, 52.53) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia. Es también la que conserva cuidadosamente ‘todas las cosas meditándolas en su corazón’ (Lc 2, 19). María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret y también es la Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás ‘sin demora’ (Lc 1, 39). Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo... Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga” (Papa Francisco), Virgen gloriosa y bendita, Madre de Dios y Madre nuestra del Cielo, *Estrella de la Nueva Evangelización*.

Y con el mismo estilo mariano, me atrevo a decir a Jesús, su Hijo: “mira a este pueblo de España, ‘tierra de María’, que se encuentra en situación muy difícil: una parte muy querida

para todos, Cataluña, la pretenden separar del proyecto común multiseccular que somos y nos ha guiado, un proyecto de todos que nos ha hecho ser un pueblo único; como en Caná de Galilea y con las palabras de tu Madre, te pido que mires a España, nos falta el vino del amor, de la unidad, de la alegría de compartir el proyecto común que nos une”. Pero, aún me atrevo a decirte algo más: a esta España le falta el vino de la razón, de la sensatez, del amor al hombre, de su defensa y de la lucha en su favor y en favor de derechos inalienables suyos, porque está a punto de discutirse en el Parlamento cuatro Proyectos de Ley que ponen en serio peligro al hombre, la vida, la familia, la mujer, derechos fundamentales, la base en que se sustenta nuestra España: un proyecto se refiere a la eutanasia, el otro a los vientres de alquiler, el tercero a la ideología de género que se impone a toda la nación particularmente en el campo educativo, y el cuarto a la libertad religiosa; ayúdanos Jesús, por tu Santísima Madre, a que se retiren y se superen estos proyectos legislativos, serían un mal gravísimo para la España tan querida por tu Madre y que tanto quiere a tu Madre, sería su destrucción; danos luz y sensatez a todos, especialmente a los legisladores; que no perdamos la cabeza, porque eso es lo que parece que nos está pasando aquí: parece que nos estamos volviendo todos locos porque, de pronto, vamos contra el hombre, vamos contra el bien común, contra derechos humanos básicos. ¡¡Queridos diocesanos!! Esto es lo que tenemos, unámonos en contra de esto y a favor del hombre, luchemos por el bien común. Apostemos decididamente por el hombre y sus derechos, por la vida, por la familia, por la verdad y la libertad.

Esta apuesta también es evangelización, porque es servir al surgimiento de una humanidad nueva, hecha de hombres y mujeres nuevos conforme al Evangelio del amor y la verdad, edificar una nueva civilización del amor, abrir espacios a una nueva cultura de la vida, trabajar por la familia, construir la paz. ¡Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, Ruega por nosotros! Os escribiré, mis queridos diocesanos, más adelante sobre estos temas que constituyen una verdadera amenaza para el hombre, porque ésta es mi responsabilidad de pastor; si no lo hiciera sería un mal pastor y sería señal de que no os querría y que os dejaba en la estacada, ante los lobos de este mundo. ¡Y lejos de mí tal cosa! ¡Jamás!

¡Toda la diócesis, hermanos muy queridos, en estado de misión y para la misión, en aplicación del Programa del papa Francisco para toda la Iglesia y del Proyecto Diocesano de Evangelización aprobado el año pasado, guiados en la noche por la *Estrella de la Evangelización*, Santa María, Madre de Dios, siempre Virgen!

Valencia, 7 de octubre de 2017

Fiesta de Nuestra Señora del Rosario

+ Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

+ Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

